

Capítulo XLV.

Un hombre de corazón.

No habían olvidado los indios de la Jamáica las buenas relaciones que habían existido entre ellos y los españoles, cuando por la primera vez se acercaron estos á sus costa.

Por consiguiente los recibieron con las mayores muestras de bondad, y aquel cacique que quiso ir con toda la gente á visitar al rey de España se apresuró á llevarles regalos y á manifestarles que aún no había desistido de su empeño.

Conociendo el almirante que por el mal estado de sus buques tendrían que permanecer allí bastante tiempo, quiso evitar á toda costa que la codicia de los españoles que la acompañaban hiciese cambiar la conducta de los indios, y al efecto dispuso que no se re-

cibiese nada de ellos sin pagárselo con alguno de los objetos que tan poderosamente les habían auxiliado hasta entonces en sus empresas.

Para evitar reyertas en la compra y repartición de los víveres, nombró dos personas, que todas las tardes repartían las provisiones con el mayor orden y equidad.

Al mismo tiempo no tomaba nada de manos de los indios sin remunerarlo, lo cual estableció entre ellos un comercio afectuoso.

Pero los productos de aquella parte de la isla no bastaban á cubrir las necesidades de los españoles; comenzaron á escasear las provisiones, y de nuevo se apoderó el temor del ánimo de los viajeros.

Colon, que presentía todo lo que podía suceder, sufría horriblemente.

Las embarcaciones no podían servirle para navegar, y si faltaban víveres en aquella parte de la isla, les esperaba la muerte más cruel que podían imaginar.

En tan penosa situación, el esforzado Diego Mendez se acercó al almirante y le pidió permiso para visitar con tres hombres el interior de la isla y proporcionarse los alimentos que necesitaban.

No se hubiera atrevido Cristóbal Colon á proponer semejante encargo á ninguno de los que la acompañaban, porque era una comisión en extremo penosa.

Así es que agradeció la oferta de Diego Mendez, é inmediatamente puso á su disposición una lancha para que con tres hombres se dirigiera á la isla.

Apenas desembarcaron, fueron recibidos con la mayor cordialidad por los indios.

Todos se disputaban la satisfacción de agasajarlos, y llevado Mendez á presencia del cacique de la primera poblacion que encontró al paso, convino con él en que sus vasallos cazarian y pescarian, fabricando además pan de cazabe, para llevarlo, juntamente con la caza y la pesca, á los españoles que vivian á bordo de los buques.

En cambio le prometió peines, cuchillos, cuentas, cascabeles, anzuelos y otros objetos, que les entregaria por las provisiones un español que se estableceria en la ciudad.

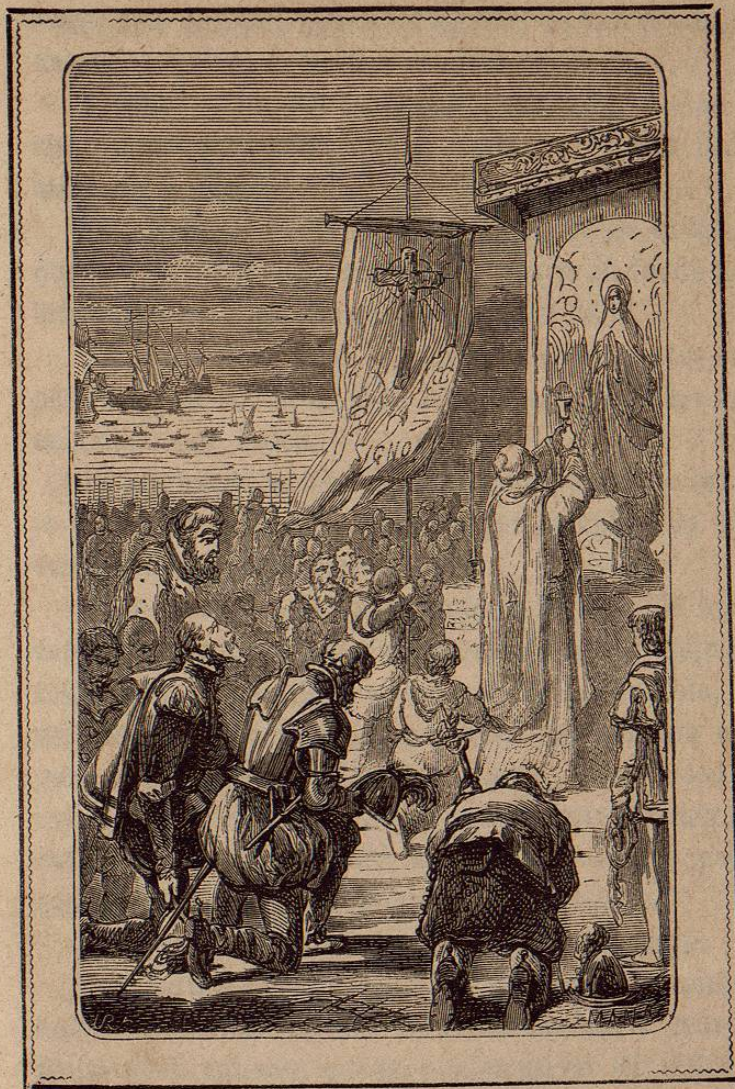
Aceptado el trato, envió Mendez á uno de los tres soldados que le acompañaban para dar cuenta de él al almirante, y siguió con los dos internándose en la isla.

No tardó en llegar á la ciudad en donde ejercia las funciones de cacique un indio llamado Huarco.

La noticia de la llegada de los españoles habia cundido por todo aquel territorio, y no habia uno solo de sus habitantes que no se considerase dichoso yendo á regalarles.

Un pacto semejante al primero concluyó con este cacique, y con la noticia de tan fausto suceso y las provisiones que habia obtenido de él, envió á otro de los que le acompañaban.

No tardó en llegar á la presencia de otro muy poderoso, llamado Ameido, el que á su vez le colmó de atenciones, dándole además una magnífica canoa á



CRISTÓBAL COLÓN.—Bajo los árboles que crecian en la orilla levantaron un altar, é incando la rodilla y elevando las manos al cielo, por anecieron largo tiempo rindiendo culto á su dios.

cambio de una palangana de aljofar, de una sotanilla de paño y de una de las dos camisas que llevaba.

Dispuso además el cacique que seis indios fueran á sus órdenes para remar en la canoa y prestarle toda clase de servicios.

Satisfecho de su expedición tornó Diego Mendez por la costa, deteniéndose en los parajes en donde habitaban los caciques con quienes habia tratado.

En todos ellos halló establecidos á los agentes españoles, y al volver adonde estaban las carabelas fué aclamado por todos.

El almirante le tendió los brazos, porque su arrojo y su lealtad habian cambiado por completo la situación de los españoles.

Pero como era de todo punto indispensable buscar un medio para poner en movimiento los buques; como estos se hallaban en un estado lamentable, y no habia esperanza de que acudiese embarcacion alguna á reemplazarlos, opinó Colon, y con él todos los que le acompañaban, que era necesario comunicar á Ovando la situación en que se hallaban para que les enviase inmediatamente una carabela.

Nada más difícil que llevar á cabo este viaje.

Separaba á Colon del puerto de Santo Domingo una distancia de más de cuarenta leguas, á través de un golfo agitado, que no podian salvar sin dificultad más que las ligeras canoas de los indios.

El valor y la lealtad de Diego Mendez por un lado, y por otro la canoa que le habia regalado Amisido, hicieron pensar á Colon en aquel hombre heroico



CRISTÓBAL COLÓN.—Bajo los árboles que crecían en la orilla
levantaron un altar, e incensando la rodilla y elevando las manos
al cielo, por un espacio largo tiempo rindiendo culto á los dios.

y considerar tan endeble barquilla como su única áncora de salvación.

Llamando á Diego Mendez, le dijo:

—Hijo mio, ninguno de los que aquí están conoce el gran peligro de nuestra situación, salvo nosotros dos. Somos pocos en número, y muchos los salvajes indios y de naturaleza mudable y pronta á irritarse. A la menor provocación pueden arrojar fuego desde la orilla, y consumirnos en nuestros camarotes de popa. El trato que con ellos habeis hecho para las provisiones, y que ahora cumplen alegres, pueden romperle mañana por capricho y rehusar traernos más víveres.

No teniendo elementos para obligarles á cumplir lo pactado, nos hallamos enteramente á merced suya; pero he hallado un medio, y voy á comunicárosle para ver si os parece conveniente. En la canoa que habeis comprado pueden pasar algunos á la Española á procurar un bajel, con el cual nos libraríamos del gran peligro en que hemos caído. Decidme qué pensáis sobre el particular.

—Bien conozco,—repuso Mendez,—que el peligro en que estamos es mayor de lo que puede imaginarse. Pero pasar á la Española, y en un bajel tan pequeño como una canoa, no es solo difícil, sino imposible. Ignoro quién querría aventurarse á un riesgo tan extremo.

—Y sin embargo,—dijo Colón,—estoy seguro de que vos lo arrostraríais por mí.

—Muchas veces he puesto mi vida en peligro de

muerte,—contestó Mendez,—por vos y todos los que nos acompañan. Hasta ahora Dios me ha preservado milagrosamente; pero no faltan murmuradores que aseguran que vos me confiáis todas las comisiones en que puede ganarse honor, al paso que os negais á aceptar los servicios de otros que pudieran llevar á cabo semejantes empresas. Sin pensar en el peligro emprenderia el viaje que deseais; pero ántes os suplico que hagais una cosa.

—¿Cuál, amigo mio?

—Llamadlos á todos y proponedles la empresa para ver si hay alguno que quiera acometerla. Si, como creo, ninguno se atreve, yo me ofreceré á llevarla á cabo, y arriesgaré gustoso mi vida en vuestro servicio.

Colón estrechó con verdadero afecto la mano de Diego Mendez.

—Poseis el corazón más noble que he conocido en el mundo,—le dijo.

Al día siguiente reunió en torno suyo á todos los tripulantes, y les hizo la proposición.

No hubo uno sólo que no dijese que sólo imaginar aquel viaje era una temeridad.

Entonces se adelantó Mendez.

—Señor,—dijo á Colón,—yo no tengo más que una vida que perder; pero la arriesgo gustoso por servirlos, por el bien de todos los que están aquí presentes. Yo me encargo de ir á Santo Domingo, confiando en el amparo de Dios, que en otras muchas ocasiones no me ha abandonado.

Colón estrechó entre sus brazos á Diego Mendez, el cual inmediatamente se dispuso á cumplir lo ofrecido.

Conduciendo la canoa á tierra, la puso una quilla postiza, colocó algunas tablas en la proa y en la popa para que el agua no entrase en ellas, la dió una mano de brea, la acomodó un mástil y una vela, y la abasteció de víveres para él, un compañero español, Fortun Cuenca, y seis indios.

Mientras las operaciones se llevaban á cabo, escribió el almirante al gobernador de Santo Domingo pidiéndole con urgencia un buque para que llevase á la Española á toda su gente.

Al mismo tiempo escribió á los soberanos, y conferenció con Diego Mendez, encargándole que se embarcase en Santo Domingo para España y fuese á desempeñar los encargos que le dió.

La historia conserva algunos fragmentos de la carta que por conducto de Diego Mendez deseó hacer llegar á mano de los reyes.

Abramos un ligero paréntesis para conocerla.

Capítulo VLVI.

Préntesis.

En la carta que dirigia Colón á los soberanos pintaba con vivos colores la deplorable situacion en que se encontraban, los grandes trabajos que habian tenido que padecer, las esperanzas que habia realizado, teniendo que renunciar á ellas casi en el mismo momento, y les rogaba enviasen desde los puertos de España uno ó dos buques á la isla Española, para que pudieran regresar él y su gente á la Península.

Se extendia en detallados pormenores acerca del último viaje que habia emprendido, dando gran importancia al descubrimiento de Veragoa.

Alucinado siempre, expresaba la opinion de que en aquel territorio se encontraban las minas de cu-